



## INTRODUCCIÓN

A finales de 1959 la Unión Obrera Metalúrgica fue a una nueva huelga. Igual que en los conflictos anteriores (1954 y 1956), una de las principales demandas fue revisar íntegramente el convenio laboral. El que regía la actividad databa de 1951; además, estaba en discusión un nuevo aumento salarial. Las consecuencias de la huelga fueron varias. Entre ellas podemos señalar que impactaron en la reglamentación de las comisiones internas y el final de la agremiación conjunta entre obreros y empleados.

Además de aquellas consecuencias, es interesante notar que en torno a la huelga de 1959 se construyeron y se reforzaron, años después, los discursos antiburocráticos. En primer lugar, en el caso metalúrgico, los opositores a Augusto Vandor señalaron 1959 como fecha de comienzo de un proceso de burocratización sindical de la dirigencia metalúrgica. En segundo lugar, diversos estudios señalaron que como corolario de la derrota de esa huelga y otras el mismo año, comenzó un proceso de burocratización de la dirigencia sindical en Argentina. El año 1959, el de mayor cantidad de días perdidos en Capital Federal por conflictos sindicales, aparece como una bisagra en la interpretación del movimiento obrero después de los años de la resistencia.

En este artículo recuperamos esas representaciones para ponerlas en diálogo y cruzarlas con otros discursos de la época que también se posaban sobre los dirigentes sindicales. El corpus se compone de una selección de trabajos acerca de la huelga metalúrgica de 1959 y de otros que analizaron la cuestión de la derrota y la burocratización sindical, además de fuentes de la época. La exposición de los textos procura periodizar el debate sobre el tema que trata el artículo, y la selección apunta a concentrarnos en los textos que consideramos más relevantes para llevar a cabo nuestro objetivo: problematizar la cuestión de la derrota y la burocratización del movimiento obrero a partir de aquellos años.

## LA HUELGA METALÚRGICA DE 1959

El lugar que ocupa la huelga metalúrgica de 1959 en la historiografía es el de uno más de los tantos conflictos de aquel año. Algunos trabajos le dedicaron más páginas para representar características de la conflictividad del período, pero carecemos de estudios específicos. La primera mención la encontramos en *RodoLa Fraternidad* Walsh. Dejando a un lado que no se trata de un texto histórico, es relevante tenerlo presente en tanto muchos trabajos posteriores se realizaron en diálogo con *¿Quién mató a Rosendo?* Para Walsh la huelga comenzó por una demanda salarial que los empresarios aprobaron, pero atada a un aumento de la productividad; afirmó que el paro fue acatado por los trabajadores y acompañado por acciones de terrorismo, que el gobierno respondió con allanamientos y detenciones. Pero todo el relato está destinado a uno de los objetivos del libro, mostrar las traiciones de Vandor, a quien Walsh hace aparecer condenando el terrorismo, pactando levantar la huelga con la secretaria de Trabajo, negociando el aumento salarial a cambio de las cláusulas de productividad. También destaca una “cena de camaradería” con los empresarios, dando nacimiento a “la alianza de hecho entre empresas y dirigentes [sindicales]” en el nuevo “curso monopolista” de la economía desarrollista; en definitiva, para Walsh “la huelga metalúrgica declarada el 25 de agosto de 1959 es el último enfrentamiento real del vandorismo con el régimen” (Walsh, 1969: 151-153). Esta caracterización fue muy relevante y repetida en textos antivandoristas de los años setenta, central para la representación que los opositores, a Vandor en particular y al sindicalismo hegemónico peronista en general, hicieron de los dirigentes sindicales (Dawyd, 2018).

Una década después, en su estudio sobre sindicatos y política, Marcelo Cavarozzi realizó el primer análisis de la huelga metalúrgica<sup>1</sup>. Primero enfatizó las responsabilidades empresarias: FAIM rompió las negociaciones protestando porque la UOM en su proyecto de convenio pedía reclasificaciones, mayor injerencia de delegados en la organización del

---

<sup>1</sup> En 1984 reunió los trabajos en el libro, que citamos en este trabajo, Cavarozzi, 1984.

trabajo, supresión de quitas zonales y aumentos masivos con reajuste automático. Para Cavarozzi la posición empresaria ocasionó la huelga, e incluso plantea que lo hizo para aprovechar una coyuntura favorable para reducir mano de obra en las fábricas y lanzar una ofensiva contra la UOM; los empresarios venían acumulando deseos de reducir el poder gremial en las fábricas (por una doble vía: supresión de derechos de los delegados y el fin de la agremiación conjunta de obreros y supervisores, que estaban todos en la UOM), eliminar la ley de asociaciones profesionales; lograrlo justo en un sindicato de la importancia de la UOM llevaría ejemplaridad a todo el sindicalismo. Así, FAIM presionó para que en el gobierno primara la línea dura contra la UOM. Sin embargo, el sindicato actuó con una “contundencia sorprendente”, logró gran apoyo a la huelga, organizó piquetes y atentados con explosivos en plantas y oficinas, que fueron usados por el gobierno para intentar quebrar la solidaridad de los trabajadores con sus dirigentes calificados de delincuentes y terroristas, y para desatar una ola de allanamientos y detenciones. El 7 de octubre la huelga fue levantada, la UOM cedió en que el aumento salarial no compensara la caída de su poder de compra, y en la agremiación separada de supervisores, pero logró que no se reglamentaran las comisiones internas, que el acuerdo fuera solo por seis meses, y fundamentalmente, que en el gobierno no se impusieran los sectores duros: no se rompió definitivamente con el sindicato y no se lo intervino (Cavarozzi, 1984: 165-174).

Daniel James mencionó la huelga en un artículo que luego recuperó en *Resistencia e Integración*, no tanto con un análisis específico sino con comentarios acerca de la reglamentación de las comisiones internas y las cláusulas de productividad. De acuerdo con su reconstrucción, tras la huelga de 1959 solo se acordó un aumento de emergencia y no se arregló nada más; pero como los empresarios y el Estado insistieron en imponer cláusulas de productividad, y dada la desmoralización de los trabajadores tras la huelga, las impusieron en el convenio firmado casi un año después. Acerca de las comisiones internas también dice que no se tocaron en el acuerdo de 1959, por más que FAIM planteó su propuesta que logró imponer en el convenio de 1960, aunque algunos puntos “se habían diluido bastante” (James, 1981: 340-341 y

344-345). En *Resistencia e Integración* repite mayormente este análisis, con algunos detalles acerca del convenio metalúrgico en relación con la imposición de las cláusulas de productividad, y respecto de las comisiones internas repite el análisis anterior, de que no fueron tratadas tras la huelga de 1959, resaltando que “el convenio de julio de 1960 contenía la mayor parte de las proposiciones patronales originales”. Enmarca este análisis en el problema general de la burocratización sindical, y la huelga de 1959 aparece como una derrota (la UOM no logró introducir sus cambios en el convenio), encuadrada en una serie de “derrotas cruciales” para los trabajadores durante 1959, que llevarían en los años siguientes a la desmoralización y el aislamiento de las bases, a la erosión de la participación sindical, la democracia interna, y al comienzo del proceso de “burocratización” (James, 1999: 165, 175-176, y 192-5).

Encontramos una reconstrucción más amplia de la huelga dentro de la historia de la corriente morenista del trotskismo argentino. Allí describen con más detalle el contexto de la medida, y vuelven sobre su comprensión en el marco de los conflictos del año, el mayor en jornadas perdidas por huelgas en aquel período. Estos conflictos, comenzados en el fracaso de la huelga general de enero, no fueron aprovechados para imponer las demandas del movimiento obrero (que ni siquiera aprovechó el contexto de crisis de la burguesía, planteos militares e inestabilidad política) sino para que la dirigencia sindical obtuviera privilegios para sí. Según este análisis, la batalla por los convenios en metalúrgicos, textiles, bancarios, entre otros, no fructificó en una acción conjunta, reclamada por este sector. Sobre el caso metalúrgico señalan que Vandor afirmó “es preferible no tener un centavo de aumento antes que aceptar la reglamentación de las comisiones internas”; la dirección de la UOM no quería ir a la huelga y recordaba las derrotas de 1954 y 1956, pero el activismo en los congresos se lo reclamó. Vandor postergó la huelga hasta agosto, duró más de 40 días, no hizo nada por su éxito más allá de declaraciones encendidas y atentados terroristas (que el vandorismo usó para chantajear al gobierno o preparar golpes, pero no preparó a los trabajadores para sus luchas); en lugar de buscar la acción conjunta con otros gremios la burocracia

sindical peronista dejó de alentar conflictos provocando el desaliento de las bases. En el caso de la UOM había tres razones para el fracaso de la huelga: los empresarios podían aguantar porque tenían stocks, el gobierno radical ya había pasado la crisis del Ejército y la clase obrera estaba desmoralizada por las derrotas de todo el año. Así, a pesar del éxito del paro de 48 horas del Movimiento Obrero Unificado (23 y 24 de septiembre), cuando se desató la represión sobre los metalúrgicos, con prisiones, acusación de corrupción y terrorismo, Vandor levantó la huelga y firmó el convenio a espaldas del gremio. Sobre el acuerdo, señalan que selló “un aumento miserable y con las comisiones internas afectadas por una reglamentación netamente patronal” (González, 1999: 73-114).

Encontramos otro análisis de la huelga, que aporta también una mirada regional, en el trabajo de Daniel Dicósimo sobre los metalúrgicos de Tandil. A partir de testimonios repone lo que para los propios protagonistas fue la “gran huelga”, que puso a prueba su resistencia basada en redes de solidaridad como las que operaron en la huelga previa (1956) y posteriormente en la recuperación del sindicato (1958). Para Dicósimo, la huelga de 1959 fue notoria por su duración, la violencia obrera y las represalias de empresarios y gobierno. Analiza sus antecedentes desde la negociación del convenio, recuperando la interpretación de Cavarozzi de que FAIM presionó porque el contexto de caída económica lo favorecía para cesantear, no dar aumentos y atacar a la UOM, lo cual desencadenó el conflicto y la huelga. También señala la gran demostración de fuerza de la UOM, que logró sostener la medida y sortear detenciones de dirigentes (“lo que puede interpretarse como un intento de quebrar por arriba la resistencia de las bases metalúrgicas”); sobre el acuerdo señala que el aumento logrado no fue alto, y si bien logró evitar reglamentar las comisiones internas, cedió en la agremiación separada de los supervisores (Dicósimo, 2000: 61-71).

Finalmente, en el trabajo de Schneider la huelga metalúrgica aparece también en el marco de los conflictos de 1959 por la renovación de los convenios. En el caso metalúrgico se discutió sobre el aumento salarial, la imposición de cláusulas de productividad y “los empleadores buscan

reglamentar, puesto que les resultaba difícil eliminar o desconocer su presencia, el funcionamiento de las comisiones internas”; la UOM pretendía cambiar categorías y dar más poder a los delegados, suprimir quitas zonales, aumentos indirectos, y beneficios nuevos como obra social y ropa de trabajo, y reajustes automáticos de salarios. Los empresarios se negaron, reaparecieron las diferencias que habían emergido en las huelgas de 1954 y 1956 y, siguiendo también a Cavarozzi, Schneider afirma que la huelga fue provocada por la patronal. Sobre la medida señala que tuvo una gran preparación con asambleas de seccionales, mítines en fábricas, bonos de solidaridad; recibieron apoyos de otros gremios y ejecutaron una oleada de bombas que involucraron a dirigentes de la UOM. Sobre el final de la medida afirma que fue por iniciativa de algunas seccionales, que el aumento recibido fue de 900 pesos, pero “más allá del aumento otorgado por los empresarios del sector, la protesta frenó el intento de reglamentar las organizaciones de planta. No obstante, la preocupación quedó pendiente”; finalmente, la agremiación separada que consiguieron los supervisores era una aspiración de la burguesía desde 1950 (Schneider, 2005: 126-130). Igualmente importante es el análisis sobre el problema de la burocratización, en el que critica la interpretación de James de que las derrotas de 1959 llevaron a la desmoralización y de ahí a la burocratización y corrupción, porque para Schneider la conducta de la burocracia se debe explicar por elementos de “continuidad y ruptura”, según veremos a continuación.

## **DERROTAS DE LAS Y LOS TRABAJADORES Y BUROCRATIZACIÓN DE LOS DIRIGENTES**

El primer lugar donde podemos rastrear la “derrota” de 1959 y el comienzo de la “burocratización” de los dirigentes vinculado con el caso metalúrgico, es en documentos de las agrupaciones metalúrgicas opositoras a Vandor. Allí podemos ver la descripción de una dirigencia sindical peronista que desde 1959 se había distanciado de las bases, después de haber luchado juntos contra la Revolución Libertadora. En este espacio, dentro de la UOM no faltaron los grupos opositores a la

dirección del sindicato que señalaron comportamientos que pueden entenderse como burocráticos en el manejo del sindicato. Ello también fue señalado desde agrupaciones y publicaciones político-sindicales que pretendían influir en el mundo obrero. Durante la huelga metalúrgica, un comando metalúrgico del Movimiento Izquierda Revolucionaria (PRAXIS) protestó contra las prácticas burocráticas en el plenario donde se declaró la medida<sup>2</sup>. Desde la publicación anarquista *La Protesta* destacaron que los motivos por los que la dirección de la UOM lanzó la huelga eran motivos políticos: las condiciones no eran las mejores, pero las otras corrientes metalúrgicas no tenían fuerza para hacer oír su voz, estaban disgregadas, y por eso tan solo se dedicaron a apoyar la medida (*La Protesta*, septiembre de 1959: 10); también criticaron la verticalidad de la UOM, y del sindicalismo argentino, que terminó abortando la toma de decisiones por parte de los trabajadores, que las delegaba en los dirigentes<sup>3</sup>. Por otro lado, en documentos internos de la corriente trotskista orientada por Nahuel Moreno se pueden leer las críticas a la conducción de la huelga metalúrgica, que llevó a la pérdida del prestigio que tenían entre los trabajadores; al reconocer el “prestigio” de la “burocracia metalúrgica”, también reconocían deficiencias propias para organizar la corriente en la Capital Federal y enfrentar a esa burocracia<sup>4</sup>. Finalmente, en dos publicaciones del gru-

<sup>2</sup> Allí, “la lista de oradores ‘prefabricada’ por Vandor y Cía, no registró nuestros carnets” y no pudieron dar su mensaje de lograr una “organización política revolucionaria y clandestina”, frente a dirigentes que obstruyen la unidad de las bases, confiaban en resolver los conflictos en entrevistas con ministros, realizando batallas aisladas, puramente sindicales y “sin perspectiva política” (*Revolución* N° 28, agosto de 1959: 4).

<sup>3</sup> Para esto señalaron una decisión tomada en la asamblea (rechazar una oferta empresarial y de Alsogaray), que era la decisión correcta, pero no surgió de la propia asamblea sino de un programa de cinco puntos resuelto antes por la Comisión Directiva, y puesto a debate en la asamblea, que no terminó actuando libremente sino presionada por CD (*La Protesta*, octubre de 1959: 11-12).

<sup>4</sup> *Palabra Obrera*, periódico interno N°2, 6 de octubre de 1959; *Palabra Obrera*, Mesa Ejecutiva del 11 de octubre de 1959. Así, a pesar de la crisis por la huelga de 1959, y su desprestigio, la burocracia seguía ganando en todos lados, la “corriente revolucionaria” no tenía proyección nacional, los comunistas mantenían algo de su importancia, pero la gran división se daba al interior de la burocracia, entre Vandor y un sector

po Liberación (conformado por un sector que se había alejado de *Palabra Obrera*) encontramos alusiones a nuestro tema. En la primera, explicaron un tránsito de las direcciones sindicales de las luchas de la resistencia a la pasividad, del prestigio que tuvieron hasta la elección de Frondizi a dejar de conducir el camino de lucha, y que se mantenían al frente de los sindicatos sin apoyo de los obreros que apenas los soportaban<sup>5</sup>. La segunda publicación (de ese mismo grupo, al que se le sumó además una fracción separada del grupo PRAXIS), realizó un balance sindical de los últimos años en el que volvieron sobre la cuestión de liderazgos como el de Vandor, salido de la base, que pasó de querer tomar el poder a querer ser un factor de poder (al margen de otros, integracionistas, que directamente se acercaron a Frondizi); además analizan la “derrota de 1959”, porque a partir de esa fecha los dirigentes se separan de la masa y se acercan a los factores de poder por carecer de una dirección revolucionaria: el movimiento obrero era combativo pero le faltaba dirección, una que consiguiera terminar con la “burocratización” mediante la democratización de la vida sindical (*Revista de la Liberación* N°2, 1963, 27-29).

Al margen de estos documentos de la época, emergentes de la lucha de sectores antivandoristas, la caracterización más cabal de la derrota y burocratización, integrada en otras explicaciones más generales del proceso, provendrá de una lectura académica: los primeros trabajos de Daniel James, quien le dedicó dos artículos a este tema<sup>6</sup>. En el primero,

---

que comenzaba a alinearse en torno de Baluch, el secretario de la UOM nacional hasta 1954 (*Palabra Obrera*, Actividad en la UOM, 22 de septiembre de 1960, recuperado de [www.fundacionpluma.info](http://www.fundacionpluma.info)).

<sup>5</sup> El dilema era que todo dependía de lo que disponían esos dirigentes (nucleados en Las 62) pero que carecían de un programa obrero revolucionario (*Liberación. Nacional y Social. Revista mensual por la revolución nacional y latinoamericana*, N° 1, agosto de 1960 a N° 4, enero-febrero-marzo de 1961).

<sup>6</sup> James continuó el análisis de la burocracia en los términos en que lo había hecho Juan Carlos Torre, cuyo análisis James consideró “pionero” (James, 1981: 401). En efecto, la primera problematización de la identidad burocrática la ofreció Torre al analizar la “explosión” de la conflictividad en las plantas fabriles tras la asunción de Cámpora en mayo de 1973. Torre afirmó que la burocracia se consolida allí donde hay menos participación de las bases, y por eso fomenta la desmovilización y apatía:

analizó los componentes internos del poder sindical (estatuto y estructura del sindicato, uso del dinero, control de elecciones, no representación de las minorías) y los límites de los líderes sindicales (controles del Estado, entre otros), su rol político (las “ventajas y desventajas de jugar a la política” y las relaciones de los líderes sindicales con Perón), y propuso un marco explicativo que distingue la burocracia del liderazgo sindical. James buscó contrarrestar una imagen dominante de burócratas sindicales que controlaban a las bases, apelaban al fraude, la corrupción, la intriga y el uso de la fuerza, entraban en negociaciones con empresarios (que pueden hacerles tomar algunas de sus actitudes y estilos de vida), y cuyo rol se reforzaba por ser representantes de Perón, porque esos podían ser aspectos del poder sindical, pero no ex-

---

“el respaldo más importante de los burócratas sindicales no reside en las bandas de matones, la corrupción del dinero, los fraudes electorales, la complicidad de las leyes y las disposiciones del Ministerio de Trabajo: está en el trabajador que paga regularmente la cuota sindical, que una vez cada cuatro años se interesa por la vida del gremio y vota en sus elecciones, que no asiste a las asambleas o si lo hace asiente rutinariamente a las propuestas de la dirección, que, finalmente, acata en forma pasiva la gestión de los asuntos sindicales por parte de los funcionarios profesionales y renuncia a toda exigencia de participación y control”. Por otro lado, Torre realiza una crítica a la lucha antiburocrática que tiende a presentar a la burocracia como artificial, no representativa de las bases, y que la mera democratización acabaría con ella. Así, afirma, la realidad es más compleja: hay factores políticos de monopolio del poder (institucionales y coercitivos) y sociales de “una clase obrera desmovilizada como portadora de la relación de subordinación que establece la burocracia” (análisis que veremos profundizado en los trabajos de Daniel James). Así, la burocracia puede ser “representativa” de la apatía de la clase, y “las bases pueden no ser los sujetos alertas y críticos que reclama la democracia” (*Pasado y Presente* [Torre, Juan Carlos], 1973: 277-282). Poco después de Torre, Elizabeth Jelin analizó los conflictos laborales entre 1973 y 1976, desde una perspectiva similar; describe una acepción de la burocracia que atribuye “a los líderes obreros la manipulación de las masas y la falta de consideración de los intereses reales de los trabajadores”, y que el sindicalismo “populista” es analizado como no representativo, distanciado de las bases, traidor, cuyo fin sobrevendrá solo con elecciones limpias. Sin embargo, “en el caso argentino, resulta difícil dudar de la representatividad de numerosos líderes ‘burocráticos’ [...] La organización sindical ‘burocrática’ y negociadora no fue el resultado de la voluntad de ciertos líderes obreros y/o de ciertos funcionarios estatales, sino que estaba anclada y respondía a las necesidades y orientaciones de la masa trabajadora peronista durante mucho tiempo” (Jelin, 1977: 42-43).

plicaban porque persistió y duró entre 1955-1973. Para James hay un proceso social más profundo. Aquellos elementos explican que a pesar del ambiente hostil post 1955 el poder sindical perduró porque cumplía un rol en el sistema social, pero también debe incluirse una mirada histórica, que destaque el proceso de desarrollo de la clase trabajadora, en particular la “experiencia” de desmovilización y derrota entre 1958 y 1962. Aquí vuelve a aparecer el año 1959 como bisagra. Después del golpe de 1955 hubo una “experiencia compartida” entre las bases y los dirigentes que emergieron de aquella fecha, recuperaron los sindicatos y mantuvieron contactos con las bases, pero las derrotas de 1959 dieron paso a un proceso de desmovilización -en parte por represión (arrestos, listas negras, crisis económica de 1962) a la que se sumó la desmoralización-, que fue crecientemente aceptado por las bases (fatalismo y resignación). Los líderes sindicales comenzaron a negociar independientemente y a tener tratos con factores de poder (la lógica del pragmatismo institucional pasivamente aceptado por las bases). Verlo como un proceso le permite a James afirmar que la pasividad de las bases estaba al margen de las maquinaciones antidemocráticas de los burócratas, que no puede ser entendidas en términos de traición, sino como parte del proceso de desmovilización (James, 1978).

En otro análisis James añade que a la represión, la desmoralización, el fatalismo y la resignación producto de las derrotas de 1959, se sumó la cuestión de la pérdida del poder en las fábricas, un proceso de racionalización que es el núcleo del segundo artículo de James que queremos comentar. Allí analizó los nuevos convenios firmados desde 1960, que terminaron aceptando cláusulas de productividad, disminuyeron el poder de los delegados y las comisiones internas, y tuvieron sus implicancias en el control de las bases por parte de la burocracia (aquellos representantes surgidos, como analizó en el artículo anterior, en esos mismos contextos). En este sentido, los convenios fueron parte de la derrota, iniciada en las huelgas perdidas en 1959, pero no se puede hablar solo de “traición”, porque ello sería caer en dos abstracciones metafísicas: unas bases que siempre luchan y unos dirigentes que siempre traicionan (James, 1981).

Estos temas fueron retomados por James en su libro, *Resistencia e integración*, con otros énfasis pero sin cambios mayores respecto de los artículos reseñados. Allí pasa por el caso de la huelga metalúrgica de 1959 para analizar las reformas al convenio (imposición de cláusulas de productividad) y el avance empresario contra las comisiones internas, cambios que enmarca, como vimos, en la serie de “derrotas cruciales” para los trabajadores durante 1959, que llevaría en los años siguientes a la desmoralización y el aislamiento de las bases, a la erosión de la democracia interna, la caída de la participación sindical (que analiza en la elección de la UOM de 1961) y el comienzo del proceso de “burocratización” (James, 1999: 165 y 175-176, y 192-195). Siguiendo a fuentes de agrupaciones metalúrgicas opositoras a Vandor (la Lista Verde), y al libro de Walsh, James describió un proceso de cambio entre la huelga de 1959, el convenio de 1960 y las elecciones de la UOM de 1961, que analizó en términos de derrota, desmoralización, desmovilización y una cambiante relación entre las bases y los líderes (después de haber compartido la “común experiencia” de la resistencia y las luchas contra Frondizi). Como en los artículos previos, analizó el “proceso de burocratización”, con algunos ejemplos de corrupción personal aunque no siempre de coerción para mantener el control de los sindicatos (aunque aquí James es más general y excede el caso metalúrgico; James, 1999: 171-178). En el cuerpo del libro el énfasis parece situarse en las derrotas de las bases, aunque en las conclusiones vuelve sobre la crítica al “paradigma simplista” que ve solamente a la burocracia a partir de los elementos del “matonismo, pistolerismo, corrupción, fraude, colaboración con los empleadores, negociación con el Estado, pactos con las fuerzas armadas”; James no minimiza esos factores, pero “no pueden ser tomados aisladamente; para que tengan alguna utilidad en el análisis explicativo de la naturaleza del poder de la cúpula sindical peronista se los debe ver como *elementos* de un proceso social e histórico más amplio” (James, 1999: 331-332). Un proceso, que se daba en Argentina como en otros países, con un alto nivel de industrialización y agremiación, en el que los sectores más combativos no ofrecían otra cosa y en el que los sindicatos no llegaron a estar del todo incorporados al sistema (“una notable escasez de expresiones formalizadas e ins-

titucionales de colaboración entre el Estado y los sindicatos”). Por todo ello burocracia y bases no pueden verse como polos opuestos, no puede hablarse solo de traición, y repite que hay que evitar ver a esos actores como abstracciones metafísicas, una clase que siempre lucha y unos dirigentes que siempre traicionan (James, 1999: 337 y 341-342)<sup>7</sup>.

Otra problematización de la cuestión de la derrota y burocratización la encontramos varios años después: Alejandro Schneider analizó la huelga metalúrgica como parte de “la conflictividad laboral en 1959” en torno a pedidos de aumentos salariales en medio de negociaciones de convenios, en la que debido a la intransigencia patronal se llegó a aquella medida de fuerza. 1959 aparece como un año de alta conflictividad, iniciada en enero en el frigorífico Lisandro de la Torre, continuada en conflictos bancarios, metalúrgicos y textiles que dieron forma a un punto de inflexión y cuya cantidad nunca volvió a repetirse. La importancia del año lo llevó a analizar su tratamiento historiográfico en varios frentes. Uno de ellos es la conducta de los “jerarcas gremiales”. Schneider cuestiona la interpretación de James y analiza la conducta de la burocracia a partir de elementos de “continuidad y ruptura”: priorizó la defensa de los sindicatos recuperados, y aunque se educó en el periodo peronista tuvo otros objetivos políticos; pesaron mucho sus objetivos corporativos, su consolidación fue producto de

---

<sup>7</sup> Al margen de James es importante mencionar otros trabajos que trataron este tema, años antes. Carri presentó tempranamente (en 1967) un proceso exactamente opuesto al reseñado hasta aquí (sin énfasis en metalúrgicos) destacando el año 1959 como de grandes victorias de los trabajadores: resistieron el objetivo del gobierno desarrollista de burocratizar a sus dirigentes, cuyo origen en las luchas de la resistencia peronista las dotó de un permanente contacto con las bases, y el contenido antiimperialista del peronismo impedía su apoliticismo y su burocratización (Carri, 1967: 14-15, 89-100). En otro extremo, Jorge Correa, que aunque tampoco se centra en metalúrgicos, es relevante en tanto es citado (por James, y otros) como una de las expresiones más claras de una visión simplista de la burocracia sindical. La describe ayudada por la clase dominante, el Estado y las patronales para llegar a las direcciones gremiales y de la CGT, asegurándose permanecer ahí por diversos mecanismos, apelando al fraude electoral y a asambleas disciplinadas con matones; son corruptos y usufructúan el poder económico a partir de los descuentos a los afiliados, convirtiéndose en el “dique de contención al auge de la conciencia revolucionaria de las masas” (Correa, 1972: 100).

cambios estructurales y la capitalización política de las luchas de la resistencia. Todo ello la llevó a tener relaciones y prácticas diferentes (respecto de las preexistentes a 1955) con empresarios, políticos y funcionarios, porque la dirigencia fue reconocida como factor de poder. Por este camino, Schneider ofreció otra interpretación sobre la burocratización: contra James (e incluso la interpretación de Walsh de que “la burocracia era corolario de una política expresa de ‘la clase dominante’”), propone explicar “la conducta de la burocracia” durante esos años por elementos de continuidad (“la camada de dirigentes que condujo al movimiento obrero a partir de 1957 adquirió un manejo poco democrático bajo la gestión presidencial de Perón”), ruptura (su consolidación fue producto de cambios estructurales, y tuvieron nuevos objetivos políticos y relaciones con otros actores desarrollistas como empresarios, políticos y funcionarios, al ser reconocidos como factores de poder) y las experiencias de las luchas contra la Revolución Libertadora (Schneider, 2005: 133-137). Sobre la “inflexión” de 1959, si bien fueron enfrentamientos defensivos “no constituyeron un retroceso” porque no se perdieron todas las conquistas laborales, los trabajadores mantuvieron durante la década de 1960 una alta participación en el ingreso y niveles de ocupación, y además las luchas no desaparecieron; continuaron las protestas anti establishment (como las tomas de fábricas) en un contexto recesivo y represivo: “de ahí que resulta muy difícil conceputar la situación atravesada por la clase trabajadora como de derrota”, porque obtuvieron más experiencia de organización y conciencia, y estas luchas previas permiten entender, a finales de la década, el Cordobazo (Schneider, 2005: 125- 137)<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> En otra serie de artículos que trabajaron la cuestión de la burocracia sindical también se recuperó el trabajo de James, fundamentalmente la idea de rehuir las abstracciones metafísicas, de concebir una clase que siempre lucha y unos dirigentes que siempre traicionan. Marcelo Raimundo señaló las limitaciones de ver la dinámica burocracia-democracia sindical en términos dualistas, y la subsecuente romantización de las bases; para Raimundo, James criticó el enfoque que recuperaba a unos obreros independientes enfrentados con una burocracia traidora, y en su lugar señaló la “imbricación entre bases y burocracia”, con un “consenso pragmático de las bases hacia las direcciones”, en el contexto de derrota y desmovilización de 1960 (Raimundo, 2010: 91-93). Por otro lado, Ghigliani y Belkin también repararon en los

Además de señalar esta diferencia, la caracterización de la derrota en James y la crítica de Schneider, podemos añadir un elemento entre ambos. Es lo que surge al analizar las fuentes de James al hablar de derrota, en tanto construye su interpretación a partir de entrevistas a dirigentes peronistas combativos, testimonios citados por Walsh en su libro, publicaciones opositoras a aquellos dirigentes; si bien a partir de esos documentos se puede conceptualizar la derrota de esos “activistas”, James parte de ahí para generalizar una derrota de la clase trabajadora. En la interpretación de James por momentos se siguen sólo esas fuentes, sobre todo en el cuerpo del libro, donde se analiza la derrota de las bases y la burocratización (aunque se matiza en las conclusiones). Pero entre la escala de análisis de aquellos activistas (en la que en algunos casos se reconocían deficiencias propias en la organización de una corriente alternativa) y la generalización de la derrota en toda la clase obrera, hay mucho espacio. En ese espacio se afianzaron las conducciones sindicales, que incluso llevaron a cabo importantes movimientos de fuerza con apoyo de las bases, en contextos también represivos y recesivos en los años siguientes. Esto permite repensar algunos aspectos de las direcciones sindicales en torno a la huelga metalúrgica de 1959, y los conflictos de ese año.

## OTRAS REPRESENTACIONES DE LA DIRIGENCIA SINDICAL

Si lo burocrático es una de las representaciones más fuertes de la dirigencia sindical, es posible reparar en otras representaciones cuya revisión nos puede ayudar a problematizar aspectos de esos liderazgos. En el caso de la huelga metalúrgica que analizamos aquí, podemos notar

---

aportes de James, dividiendo las alusiones a la burocracia sindical entre esquemas ortodoxos que separan radicalmente a dirigentes y bases, de los enfoques “revisionistas” que criticaron aquella separación tajante, destacaron una relativa representatividad de los dirigentes y se opusieron al esencialismo revolucionario de los obreros; ubican a James entre los revisionistas, y proponen superarlo porque es insuficiente para problematizar “representación, consenso, interés, movilización, que atraviesan al movimiento sindical”; los autores señalan la necesidad de analizar el proceso de formación de los intereses colectivos de los trabajadores, que tanto revisionistas como ortodoxos dan como preexistentes (Ghigliani y Belkin, 2010: 103-106 y 114).

que la prensa comercial, que reproducía las versiones del gobierno acerca de las calamidades acarreadas por la huelga, veía a las y los trabajadores metalúrgicos, pero también a Vandor y otros dirigentes de la UOM, más como terroristas que burócratas; otro tanto sucedía con los empresarios del sector.

Los empresarios metalúrgicos hicieron blanco en los dirigentes gremiales (y fueron críticos con el gobierno por no reprimir como creían que era debido y sostener más el derecho de huelga que el derecho al trabajo). Postulando otra abstracción metafísica sobre dirigentes y bases, señalaron que el “auténtico obrero” quería trabajar, que los trabajadores no mostraban grandes simpatías con la huelga, pero quienes lo manifestaban eran acallados por los “pequeños grupos”, esos dirigentes que dominan los sindicatos, insultantes en las reuniones paritarias, e incluso que eran terroristas de grueso prontuario. Además de que en las grandes fábricas no se trabajaba por intimidación, faltaba otro elemento: la represión del gobierno, que debía intervenir en un contexto donde día a día las fábricas recibían atentados con bombas (cuyo listado publicaron en la revista *Metalurgia* N° 206, 1959: 17). Además, los empresarios se lamentaron especialmente de que la huelga no fuera declarada ilegal.

Una cuestión no abordada en los trabajos analizados *supra* tiene que ver con la declaración de ilegalidad o no de la huelga. El único que se acerca al tema es Cavarozzi, cuando da a entender que no se declaró ilegal, y analiza el comportamiento del gobierno, que no rompió del todo con la UOM. Efectivamente, después de diversas declaraciones de Alsogaray (ministro de Economía a cargo de Trabajo) amagando con declararla ilegal (y detener a los dirigentes de la UOM el mismo día de comienzo de la huelga), la amenaza no fue cumplida. Los empresarios metalúrgicos se quejaban de los vacíos de la reciente ley 14.786 de Conciliación y arbitraje, y se mostraban especialmente preocupados por dejar en claro que “ninguna disposición legal obliga al pago de días de huelga”, y que la huelga no era un derecho a “no trabajar percibiendo

salarios”, sea o no declarada ilegal<sup>9</sup>. Que no se la declarara ilegal la diferenció de la huelga metalúrgica de 1956, que sí lo había sido, tanto como otras huelgas de 1959 en el mismo contexto frondizista (en enero, la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre fue declarada ilegal, tanto como las de los bancarios en marzo, azucareros en agosto, textiles, y los conflictos ferroviarios de 1958 y 1961)<sup>10</sup>.

Los empresarios metalúrgicos no dejaron de reclamar la declaración de ilegalidad de la huelga; su objetivo era tener un respaldo legal para despedir trabajadores sin ningún tipo de consecuencia (ni pago de días de huelga, ni pago de indemnizaciones); todo un denso debate jurídico ocupaba las páginas de la principal revista de los empresarios del sector, en la que presionaban para la ilegalización y daban consejos a sus socios acerca de cómo proceder con los huelguistas. También presionaron sobre las Fuerzas Armadas. Cuando la huelga se acercaba a los cuarenta días de paralización de actividades, los empresarios nucleados en FAIM publicaron una solicitada en la que apelaban a que los trabajadores (“ejerciendo legítimos derechos sindicales”) enfrentaran a los dirigentes de la UOM, porque estos no respondían a las necesidades de paz del país<sup>11</sup>. Además, FAIM solicitó al secretario de Guerra, general **RodoLa Fraternidad** Larcher, “la colaboración de las fuerzas de gendarmería para la mayor garantía de la libertad de trabajo”, para desarmar los piquetes de huelga, que según FAIM eran los que impedían poner fin a la medida<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> *Metalurgia*, Revista de la Asociación de Industriales Metalúrgicos, Buenos Aires, números varios de julio a octubre de 1959, septiembre de 1960 y enero-febrero de 1962.

<sup>10</sup> Sobre el conflicto textil véase el trabajo de Solange Miner, y sobre los ferroviarios el trabajo de Joaquín Aldao, ambos en el presente volumen.

<sup>11</sup> FAIM “40 días de huelga” en *La Prensa*, domingo 4 de octubre de 1959, p. 3.

<sup>12</sup> AGN, Dto. Archivo Intermedio, Fondo Ministerio del Interior, expedientes secretos, confidenciales y reservados (1932 - 1983), Inventario General, Caja 138, documento número 56, reservado, Secretario de Estado de Guerra, “Da traslado a nota presentada por la Federación Argentina de la Industria Metalúrgica solicitando la colaboración de las fuerzas de seguridad para garantizar la libertad de trabajo”.

Una parte del gobierno, la que encabeza Álvaro Alsogaray desde el ministerio de Economía, presionaba para ilegalizar la huelga, intervenir el sindicato y descabezar su conducción; pero la pata política del frondizismo no estaba dispuesta a romper con uno de los principales sindicatos industriales, que a la vez era de los principales en la conducción de las 62 Organizaciones Peronistas. Finalmente no se declaró ilegal, pero ello no evitó que se desencadenara una feroz represión sobre trabajadores, dirigentes y personas solidarias con la medida de fuerza.

Las denuncias por el accionar de las fuerzas represivas abarcaron diversos espacios e intensidades: amedrentamiento y presiones al gremio, publicación de informaciones falsas, amenazas a los dirigentes, allanamientos de domicilios y detenciones de obreros, militantes y directivos, torturas, allanamientos de locales sindicales en busca de terroristas, detenciones masivas de trabajadores, intervención y represión en asambleas. En el marco de la huelga habían aumentado los sabotajes, atentados y otras acciones catalogadas de “terroristas”, que para las fuerzas de seguridad configuraron el período de máximos “actos de intimidación pública”<sup>3</sup>. Aun así la huelga pudo sostenerse por más de cuarenta días, alentada en una red de solidaridades que recuperaban las de la huelga de 1956 (repartos de alimentos, remedios y dinero, la emisión de “bonos solidarios”, ayudas de otros sindicatos, y changas en otros oficios), y que sumaban la de nuevos actores sociales, políticos, estudiantiles, vecinos de los barrios fabriles, y sobre el final de la huelga festivales artísticos para recaudar fondos y ayudar quienes habían quedado presos.

Si analizamos las representaciones de los dirigentes sindicales que llegaban desde el gobierno, vemos que se los dividía en blandos y duros. Los blandos, también llamados integracionistas, fueron el blanco de las críticas de la mayoría del arco sindical por su acercamiento al gobierno. Durante el frondizismo, Vandor y la dirigencia de la UOM estuvieron entre los duros, y, al igual que cualquier opositor al gobierno,

---

<sup>3</sup> Según la conferencia de Díaz en 1961, en el curso de guerra contrarrevolucionaria; véase Díaz, 2005: 124.

también se hicieron acreedores de las calificaciones de izquierdistas (comunistas, marxistas, trotskistas) que muchos opositores recibieron esos años. En un sentido similar a los empresarios de FAIM, el subsecretario de Trabajo, Galileo Puente, afirmó que los obreros “por lo general cuando no se hallan atemorizados por malos dirigentes”, desean trabajar en orden y con dedicación (*Clarín*, 13 de mayo de 1960). Además, recordó que “cuando llegué al Ministerio de Trabajo [junio de 1959] las primeras planas estaban llenas de los nombres de Vandor, Framini, ‘62’, MUCS; eran los protagonistas principales; por eso impresionaba a la masa, que acataba sus directivas por miedo o por sugestión” (*La Razón*, 13 de mayo de 1960)<sup>14</sup>.

Un año después, esa imagen de Vandor y otros dirigentes de la UOM (y algunos de otros sindicatos) se potenció cuando participaron del que fue el último alzamiento insurreccional del peronismo, dirigido por el general (RE) Iñiguez, en Rosario. Como no pudieron ser detenidos se mantuvieron prófugos durante unos meses. Con órdenes de captura ganaron la elección de la UOM en enero de 1961, y poco después, en marzo, integraron la Comisión de los 20 que recibió del gobierno la CGT, para su futura normalización. Esas coordenadas (que están ausentes en el análisis de James) también deben tenerse en cuenta para analizar la elección metalúrgica en particular y los elementos del liderazgo sindical de la época, en general.

Esos elementos son centrales para añadir dimensiones a la comprensión del liderazgo sindical y complejidad a su análisis, destacando otros aspectos del problema de la burocratización que nos permiten avanzar en otro amplio conjunto de relaciones de aquellos liderazgos. Algunas de esas dimensiones son abordadas en la representación burocrática, pero en su versión más “simplista”; así, por ejemplo, del espacio de las negociaciones de convenios se desdibuja su alcance de espacio institucional de diálogo con la patronal (y el Estado como mediador); un diálogo que también se daba en casos de conflictos de fábrica puntuales, y

---

<sup>14</sup> James trata ese mismo discurso de Puente para mostrar los métodos del gobierno y de empresarios para purgar activistas combativos e imponer el control sobre las comisiones internas (James, 1999: 167, 186, 188-189 y 194).

que en algunos casos (como en 1959) la falta de acuerdo podía llevar a conflictos, protestas y huelgas. Otro elemento son las elecciones sindicales, sobre el que se vuelven muchas de las críticas de los sectores antiburocráticos, reparando en ellas solo como procesos faltos de democracia y llenos de controles a las bases, acallamiento de la oposición, represión, verticalismo y autoritarismo para mantener el sillón sindical<sup>15</sup>. Si ampliamos más el panorama, vemos que dentro de la gestión sindical, además de convenios y elecciones, podemos mencionar diversos espacios de gestión, centrales también para esos liderazgos: los sanatorios, las farmacias sindicales, y otros temas de las obras sociales que componían la sociabilidad entre afiliados y sindicato. Una vez que las dirigencias se consolidaron en ese espacio sindical se abría otra serie de relaciones institucionales o informales que eran centrales, aunque no dejaban de estar interrelacionadas. Debemos considerar también esas otras dimensiones que eran parte central de la experiencia de los dirigentes sindicales, al menos alrededor de 1959.

Para el caso de la UOM es importante señalar también las relaciones de los dirigentes del sindicato con todas las formaciones tácticas del peronismo proscripto, que emergieron y se sucedieron con diferentes nombres desde 1955; además, claro está, las relaciones con el propio Perón. En el marco de estas relaciones, los dirigentes de la UOM formaron parte de acciones insurreccionales entre los años más clásicos de la resistencia peronista, hasta el último conato insurreccional, a fines de 1960<sup>16</sup>; también participaron en acciones políticas, campañas por el voto en blanco o por candidatos, según el caso. Además, no faltaron

<sup>15</sup> En diversos trabajos el “sillón” (el edificio, o la sede, entre otras imágenes) aparece como metáfora de la mera defensa del cargo sindical; es en las representaciones que vimos en el sentido “simplista” de la burocracia, que por otro lado están ausentes en aquellos trabajos que reparan en lo social, lo laboral, lo sindical, lo político, y su imbricación, así como la más prosaica experiencia de servicios sociales a los afiliados.

<sup>16</sup> Así, por ejemplo, durante todo ese período las referencias a Vandor por parte de J. W. Cooke solo fueron elogiosas, en términos de méritos personales, la adhesión que recibía de los trabajadores metalúrgicos, por su posición combativa, las relaciones que entablaron con el nuevo gobierno revolucionario cubano, entre otras; las críticas de Cooke a la burocracia peronista, hacían foco en el sector político, y del sector sindical, sólo a los integracionistas (Cooke, 2014).

hilos que permiten vincular la huelga metalúrgica con instrucciones de Perón, ello sin considerar lo sindical meramente subordinado a la estrategia de Perón, pero señalando la importancia de tener presente los compromisos políticos de los líderes sindicales<sup>17</sup>.

Por otro lado, se pueden mencionar las relaciones intersindicales, los agrupamientos de diversos sindicatos que exigían mantener relaciones y diálogos con dirigentes de otros sectores; tanto dentro del peronismo como entre nucleamientos sindicales de otras tendencias. Para la huelga metalúrgica esos diálogos se dieron alrededor del MOU y posteriormente, de los llamados gremios independientes. Poco después, con la CGT devuelta, esas relaciones y diálogos se trasladaron, además de a los nucleamientos, a la central sindical. Como representantes de gremios importantes, y luego representantes de la CGT, no faltaron durante aquellos años instancias de diálogo y negociaciones con los llamados factores de poder, en las que la CGT contaba como uno más pero en clara desventaja (James, 1999: 337-338).

Este conjunto de dimensiones, necesarias para complejizar el análisis de las dirigencias sindicales, incluso puede vincularnos con los análisis de las “segundas líneas del peronismo” que destacan otros aspectos de liderazgo sindical, que nada menciona sobre el componente burocrático<sup>18</sup>. Así, es interesante pensar un diálogo con los casos de origen sindical de esas segundas líneas, y la posibilidad de pensar que el proceso histórico del cual algunos análisis solo destacan la burocratización,

---

<sup>17</sup> Según vimos en la crítica de *La Protesta* citada antes, o también porque Vandor y Armando Cabo estuvieron en el centro de las gestiones peronistas cuando en junio de 1959 Perón denunció el pacto con Frondizi, que desestabilizó al gobierno por la inquietud que generó entre las Fuerzas Armadas. Además, trajeron instrucciones de Perón (que se conocieron un mes antes del inicio de la huelga de la UOM) acerca de la necesidad de profundizar la conflictividad contra Frondizi, abriendo el fuego con tres conflictos nacionales en sindicatos de peso (metalúrgicos, textiles y sanidad), véase Comisión Provincial por la Memoria, Fondo Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, División Central de Documentación, Registro y Archivo, Mesa Referencia 711, “Legajo de referencia. Depart. ‘A’. N° 711”, folios 28-31.

<sup>18</sup> Como los casos de Borlenghi (Rein, 2013a), Bramuglia (Rein, 2013b) y Gay (Aldao y Damín, 2017)

también podría pensarse como un proceso de (re) profesionalización sindical: la recuperación de los sindicatos desde 1958 como la búsqueda de una vuelta al período previo a 1955, y el lugar de los sindicatos en el mismo, considerando que la experiencia entre 1955 y 1958 (unas bases sindicales muy movilizadas y en constante ebullición, un relativo proceso de renovación de dirigentes, acciones de resistencia al gobierno y su política represiva, entre otros) no suele ser la vida normal de los sindicatos por largos períodos de tiempo. Así, una nueva profesionalización podría ponerse en diálogo con las características propias del período del peronismo fuera del gobierno, y los nuevos roles para los sindicatos, que también fueron jugados en acciones insurreccionales, como fuentes de financiamiento para la juventud peronista, la política, y Perón.

## CONCLUSIONES

Recapitulando estos trabajos, vemos que desde la demonización de los opositores a Vandor, 1959 se presentó como una bisagra; un parteaguas en el proceso de burocratización que se sobrepuso a la (parcial) renovación de las dirigencias sindicales después del golpe de Estado de 1955. Entre las características que se señalaron con más frecuencia aparecen el alejamiento de las bases, la negociación y el pactismo con el gobierno y los empresarios, el afán principal por conservar el aparato sindical (la erosión de la democracia interna, la caída de la participación sindical, el silenciamiento de la oposición, la coerción para mantener el control) y hechos de corrupción personal, que en definitiva consumaban la aparición de intereses propios de aquellos dirigentes, diferentes de los intereses de las y los trabajadores.

En la misma época de aquella representación demonizada de la burocracia, desde un lugar más académico se presentaron algunas críticas a aquella visión. En primer lugar se criticó la representación de la burocracia sólo en términos de líderes manipulando a las bases, ajenos a sus intereses, que apelaban al fraude, eran traidores, violentos, corruptos, cómplices del gobierno y los empresarios; se criticó también la idea de la burocracia como artificial o impuesta, cuyo fin llegaría por la vía de

elecciones limpias. Al mismo tiempo, se afirmó que debían atenderse los componentes institucionales y formales del monopolio y la centralización del poder sindical, y otros factores sociales en los que se fundaba su representatividad: numerosos sectores obreros se identificaban con aquellos liderazgos que en definitiva respondían a sus demandas, y además se generaba una situación de reatralimentación entre la poca participación de las bases, el acatamiento pasivo a esas direcciones y su consolidación. En particular, James añadió otros elementos importantes: el análisis del rol político de los dirigentes sindicales en el peronismo y con Perón, y con otros actores políticos. Además, profundizó sobre dos cuestiones: en primer lugar, la desmovilización iniciada en 1959, que al verla como parte de un proceso le permitió desligarse de las representaciones antidemocráticas de los burócratas para entenderla como parte del proceso de desmoralización (en lugar de traición de las dirigencias); en segundo lugar, el proceso de racionalización, que a partir de 1960 se integró como parte de la derrota y la desmovilización iniciada en las huelgas perdidas en 1959.

El otro grupo de análisis sobre la cuestión de la burocracia y la bisagra de 1959 lo encontramos en textos más recientes. Schneider cuestionó la idea de James de las derrotas de 1959, y afirmó que las luchas de esos años no fueron un retroceso y lograron mantener su capacidad de movilización durante la década. Esa crítica al nudo del proceso que estudió James para comprender la burocratización llevó a Schneider a ofrecer otro análisis de la misma: lo hizo en términos de continuidad, ruptura y la capitalización política de las luchas contra la Revolución Libertadora.

Más recientemente, Juan Carlos Torre analizó los “efectos” de la concepción de la burocracia sindical como “impuesta al mundo del trabajo” (que aquí recuperamos en trabajos en la línea “simplista” o demonizada); para Torre, esa concepción cumplió dos funciones para algunos sectores de izquierda: la primera fue dar cuenta de los comportamientos obreros cuando no estuvieron a la altura de las expectativas y se atribuyeron al freno de la burocracia, y tuvo como corolario (fundamentalmente en sectores guerrilleros en la década de 1970) que se

terminaría con la burocracia eliminándola físicamente; de ahí se explicaba una segunda función, en la que el asesinato de líderes obreros implicó un “rechazo vanguardista de la trayectoria”, basado en la idea de que los sindicatos eran puro fraude y corrupción, sin contemplar la aceptación de base de esos liderazgos, la “sintonía entre dirigentes y bases”<sup>19</sup>.

Cerraremos este trabajo volviendo sobre las principales cuestiones tratadas<sup>20</sup>. Una de ellas se puede relacionar con los “efectos” que menciona Torre de una lectura de la burocracia como impuesta al movimiento obrero. La construcción de esa lectura, de esa imagen de los dirigentes sindicales, fue necesaria para justificar su enfrentamiento y comprender las derrotas de sus opositores; identificar al burócrata puede tener que ver en particular con señalar características verticalistas, corruptas y otras, pero en general puede aparecer como la construcción de la identidad del opositor en la lucha sindical<sup>21</sup>. Otra de las cuestiones

---

<sup>19</sup> En este artículo reciente Torre ofrece una mirada de la burocracia sindical cercana a la que en base a sus escritos ofreció James en las conclusiones de *Resistencia e integración*, a lo que suma un análisis de la izquierda setentista: su visión de la historia post 1955 como de traición no pudo ver que el cuerpo extraño de la burocracia que quisieron expulsar “tenía raíces más sólidas y permanentes en las tradiciones, las experiencias y las instituciones de los trabajadores del país porque se ha reproducido y todavía nos acompaña” (Torre, 2009: 17-18).

<sup>20</sup> Se pueden señalar otras cuestiones que no pudieron ser abordadas en esta oportunidad -lo fueron en otro espacio o lo serán a futuro. Una de ellas es obviamente la fecha del proceso de burocratización analizado: los autores tratados en este trabajo buscaron en 1959 los orígenes cercanos del proceso que analizaban, por lo que restaría una mirada más amplia, ya que obviamente 1959 no fue el año del nacimiento de la burocracia sindical en Argentina, sino solo uno de los señalados junto con la década de 1920 y 1940. Otra cuestión no desarrollada es la que remite al diálogo con los abordajes teóricos y empíricos clásicos, de Weber a Michels, tratada por muchos autores. Un aspecto que también merece un análisis pormenorizado es el rastreo de las tradiciones, antecedentes, modelos del liderazgo sindical antes de 1959; las “raíces más sólidas y permanentes en las tradiciones, las experiencias y las instituciones de los trabajadores” que señaló Torre, entre otros autores. Por último, un elemento no incluido en estos análisis tiene que ver con la perspectiva de género en la construcción del liderazgo sindical (Dawyd, 2022).

<sup>21</sup> “Explicar todos los ‘fracasos’ de la clase trabajadora a partir del análisis del status de sus dirigentes señalados como ‘burócratas’ construye una imagen demasiado carica-

fue tratada por James al hablar de líderes sindicales: rechazar los términos que solo los describen como burócratas y explorar los otros escenarios en los que se desarrollaron, para poder ofrecer así una explicación más compleja de su consolidación y supervivencia. En este sentido, lo burocrático aparece como una parte de la experiencia del liderazgo sindical; solo ver ese elemento deja fuera otros, y se pierde su análisis, y el análisis de su interrelación (lo fabril, lo sindical, lo político, económico, social, etc.)<sup>22</sup>. Un ejemplo posible de esa interrelación podrían ser los análisis acerca de las “segundas líneas del peronismo”, que incluyen elementos ausentes en las representaciones (solo) burocráticas.

La huelga metalúrgica de 1959 que recuperamos aquí fue un caso clave de los conflictos de 1959. Dirigida por el elenco de la UOM encabezado por Vandor, fue blanco de las críticas del antivandorismo de los años que le siguieron, y al mismo tiempo quedó como el último gran conflicto metalúrgico en esa modalidad, en tanto después del mismo se buscaron otras formas de lucha. A lo largo del trabajo buscamos recuperar (de la bibliografía y fuentes de la época) diversas representaciones de la dirigencia sindical en el contexto de 1959, los años siguientes, y el debate historiográfico en torno de ello. Esto nos permitió señalar varios ejes que se analizaron en la huelga metalúrgica en particular, y en los conflictos de 1959 en general, período que apareció como una bisagra en la interpretación del movimiento obrero después de los años de la resistencia. Con la puesta en diálogo de esas lecturas, y el rastreo de los dirigentes metalúrgicos en diversas coyunturas, períodos y esce-

---

turesca de las conducciones sindicales. En este sentido, no debíamos perder de vista que las distintas categorías que los sujetos enuncian en la lucha gremial, entre ellas la acusación de burócrata, están cargadas de elementos que hacen a la contienda sindical, a la deslegitimación del adversario y a la evaluación moral de las conductas políticas” (Colombo, 2010: 54).

<sup>22</sup> Así, el propio Vandor puede aparecer como burócrata en lo sindical, y progresivo en lo político: en los años setenta los trotskistas que habían sido opositores a Vandor en la UOM afirmaron que en el interior del sindicato era un burócrata (“burócrata de burócratas”), pero en su juego político Vandor podía ser “relativamente progresivo”, e incluso desestabilizar al régimen (*Avanzada Socialista*, N° 86, 29 de noviembre de 1973, pág. 8).

narios, intentamos problematizar el par derrota-burocratización para pensar, a partir de la huelga metalúrgica de 1959 y la dirección vando-rista, una representación más compleja de las dirigencias sindicales.

## REFERENCIAS

- Aldao, J. y Damin, N. (2017). “Luis Gay. Entre la profesionalización sindical y la breve disputa por el liderazgo político del movimiento obrero”. En Rein, R. y Panella, C., *Los indispensables. Dirigentes de la segunda línea peronista*, Buenos Aires: UNSAM.
- Carri, R. (1967). *Sindicatos y poder en la Argentina (del peronismo a la crisis)*, Lomas de Zamora: Sudestada.
- Cavarozzi, M. (1984). *Sindicatos y Política en Argentina*, Buenos Aires: CEDES.
- Colombo, G. (2010). “Estos no solamente son burócratas”. Acerca de la moralidad en la construcción de antagonismos políticos en un sindicato marplatense, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (7).
- Cooke, J. W. (2014). *Correspondencia Perón-Cooke*, Buenos Aires: Colihue.
- Correa, J. (1972). *Los jerarcas sindicales*, Buenos Aires: Polémica.
- Dawyd, D. (2018). “La memoria dominante sobre la burocracia sindical. ¿Quién mató a Rosendo? de RodoLa Fraternidad Walsh y la batalla por la construcción de identidades colectivas”, *Papeles de Trabajo* (21).
- Dawyd, D. (2022). Experiencia laboral y género en el mundo metalúrgico. Una aproximación a partir de la empresa Philips Argentina, 1930-1960, *Descentrada* 6 (1). <https://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/dese160>
- Díaz, H. A. (2005). Lucha contra el terrorismo, *Lucha Armada en la Argentina* (3).
- Dicósimo, D.O. (2000). *Más allá de la fábrica. Los trabajadores metalúrgicos. Tandil 1955-1962*, Buenos Aires: La Colmena.
- Ghigliani, P. y Belkin, A (2010). Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (7).

- González, E. (coordinador) (1999). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo III: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana. Volumen 1 (1959-1963)*, Buenos Aires: Antídoto.
- James, D. (1978). Power and politics in peronist trade unions, *Journal of Inter-american Studies and World Affairs*.
- James, D. (1981). Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina, *Desarrollo Económico* 21 (83).
- James, D. (1999). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jelin, E. (1977). Conflictos laborales en Argentina, 1973-1976, *Estudios sociales*, 9.
- Raimundo, M. (2010). Burocracia y democracia sindical: necesidades y herejías, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (7).
- Rein, R. (2013a). “Ángel G. Borlenghi. Un soldado socialista en la lucha justicialista”. En Rein, R. y Panella, C., *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*, Buenos Aires: Pueblo Heredero – UNTREF.
- Rein, R. (2013b). “Juan A. Bramuglia. El heredero que nunca fue”. En Rein, R. y Panella, C., *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*, Buenos Aires: Pueblo Heredero – UNTREF.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo en la Argentina, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Torre, J. C. (1973). El significado de las luchas obreras actuales, *Pasado y Presente*, 2/3.
- Torre, J. C. (2009). “Política y violencia en el movimiento obrero: a propósito de ‘la idea de la burocracia sindical’ y sus efectos”. En Schmucler, H. (comp.), *Política, violencia, memoria. Génesis y circulación de las ideas en la Argentina de los años sesenta y setenta*, Buenos Aires: Al Margen.
- Walsh, R. (1969). *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo